

## CULTURALES

## Hesse en las F



Hermann Hesse

Angel

Rama

Feliz de aquel que encontró en su adolescencia a Demian, y a Narciso y Goldmundo y sobre todo a El Lobo estepario, porque en ninguna otra época de la vida podrá establecer una comunión tan profunda con las narraciones de Herman Hesse como en ese momento de la eclosión del individuo, cuando se constituye como personalidad en medio de la indiscriminada y a veces hostil colectividad, cuando procura almas afines con las cuales celebrar juramentos de sangre y amor para la eternidad, cuando lleno de energía encara su hazaña propia e intransferible dentro del mundo.

Escritor para jóvenes aunque, para sorpresa de éstos, escritor de la vida adulta; los libros más exitosos de Herman Hesse (1877-1962) fueron escritos hacia sus cincuenta años, demostrando el furor casi adolescente que lo animaba. Siddharta es de 1922, escrita "durante" su tratamiento psicoanalítico con Jung; El lobo estepario es de 1927, publicada para su cincuentenario junto con la biografía que le dedicó Hugo Ball; Narciso y Goldmundo es de 1930 y muy poco tiempo después sería prohibida, junto a las anteriores, por el nazismo en el poder, en tanto Hesse se consagraba en su retiro sulzo de Montagnola a su obra monumental, El juego de abalorios, que yo aconsejaría leer paralelamente con el Doktor Faustus de Thomas Mann pues fueron hechos a un tiempo y respondiendo a similares motivaciones y son las dos más empujadas interpretaciones de la crisis de la cultura europea, cumplidas por dos espíritus germánicos de excepción.

Herman Hesse, como en Francia el André Gide que lo admiraba, "enseñó el fervor" más que el amor, enseñó la tensión del ánimo en actitud de búsqueda perpetua, a partir de la convicción de la existencia intacta del individuo, ese yo que podía sumergirse en las fuerzas más profundas y oscuras de sí mismo sin perder nunca la posesión de sí mismo como "el único", en cierto modo, siempre, un elegido. Es posible pensar que el ito que acompañó después de su muerte la edición de sus obras en Alemania o en Estados Unidos, más que vinculado al resurrecto exotismo hindú de la postguerra tuvo que ver con la ascensión de nuevas generaciones juveniles en pugna con los límites de la organización burguesa, familiar y social, dentro de la cual venían siendo educados para destinos prefijados de antemano. Hijos espirituales de esa organización y al mismo tiempo insatisfechos con ella, individuos que aspiraban a otra plenitud, volvieron a encontrar en Hesse al maestro que los confortaba y reforzaba. Y por las mismas razones, puede atribuirse la escasa resonancia que adqui-

# Fuentes de la Vida

rió en el orbe latinoamericano, al intenso indoctrinamiento en formas colectivas y hasta gregarias que presenció la América Latina de las últimas décadas como eco de su tradicionalismo pero también como respuesta a las urgencias sociales que ha vivido y vive el continente.

Nacen estas reflexiones de la lectura de una de las recopilaciones de escritos póstumos de Hesse que fue publicada el año pasado en Alemania y acaba de ser introducida al español. *Pequeñas alegrías* (\*), se llama y recorre la vida del maestro desde 1899 hasta 1960, espigando entre los artículos que publicaba en diarios y revistas y que no se habían coleccionado en la gran edición de sus *Gesammelte Schriften* publicadas por la Suhrkamp en siete volúmenes en 1957. Una lectura siempre fructuosa para quienes conocen su obra (la han vivido en los años adolescentes) y aquí pueden seguir cronológicamente el desarrollo de su pensamiento, las fuerzas e ideas que lo presidían, pero también pueden —con cierta melancolía— reconocer los límites de su proyecto, su incapacidad para percibir determinados problemas (ejemplarmente los políticos y sociales de su tiempo a pesar de su decidida militancia en la social democracia de comienzos de siglo y su oposición radical al nazismo) al mismo tiempo que la acuidad con que penetra en los conflictos espirituales de la sociedad humana.

Hay aquí páginas de admirable escritura, como sus hipnotizados paseos por Venecia que evocan los de Thomas Mann en *La muerte en Venecia* o los de Gustav Mahler y aún antes los de Marcel Proust, estas figuras refulgentes del simbolismo europeo que encontraron en esa ciudad una clave de su estética. Salvo que en Hesse están menos animadas de la exaltación estética que del vivir concreto y aún evocan los deliciosos *Reisebilder* de Heinrich Heine por esa capacidad para extraer de cada minuto una intensidad del vivir, una impregnación de realidad que aviva la llama interior. El mundo exterior es siempre mundo interior, disfrute de la experiencia, aunque ésta sea dolorosa. El ojo se posa en los detalles menos tópicos, donde parece conservarse la eventualidad de esta animación y es entonces la subjetividad la que vive con furia y con deleite. Es lo que dice en la página inicial de este libro, "*Pequeñas alegrías*" donde propone, contra la rutina, la grisura y el convencionalismo de la vida corriente de las ciudades, la práctica de una mirada que descubre incesantemente las cosas escondidas (un niño, una mujer que pasa, un trozo de cielo) y de todo ello se alimenta, porque se trata de coyunturas para desencadenar la fluencia rica de la vida inte-

rior. Es una página escrita cuando tenía 22 años y era simplemente un empleado de librería que se ganaba la vida haciendo artículos mientras iba construyendo su obra poética, pero el mismo acento se recobra en las últimas dictadas por la gratitud hacia seres y lugares queridos. Volker Michels, que ha hecho esta recopilación, recuerda una frase juvenil de Hesse, "La dicha es un cómo, no un qué, un talento, no un objeto" y la comenta: "Este cómo no es sino una percepción atenta e imparcial. Con ella procura para sí mismo y sus lectores las "pequeñas alegrías" de un reencuentro con todo un microcosmos de imágenes, vivencias y asociaciones enterradas, que sin este reencuentro se nos hubieran perdido poco a poco pero que de este modo liberan energías atetargadas".

A la mitad del camino de esta larga vida, procede a un "Examen de conciencia". Si no está menos solo que antes, ha aprendido a transformar la soledad en compañía, porque supo aceptarla y amarla. Ha comprendido más claramente que es su actitud ante las cosas y los conocimientos, y no éstas, lo que es primordial y que esa actitud participativa, vital, establece una rara semejanza entre todos los seres humanos: "En su creación del mundo, el filósofo vive lo que cada ser siente en sus instantes de madurez y consumación: la mujer al dar a luz, el artista al crear, el árbol durante las estaciones del año y sus edades". Y a eso contribuye el tener "buenas, fáciles y fluidas relaciones entre el campo de la conciencia y del inconsciente". Por sus artículos desfilan sus lecturas, sus viajes, sus opiniones, sus relaciones conyugales, los grandes asuntos tanto como los tipos y costumbres de la aldea en que vivía: por todo está vitalmente interesado y cuando se trata de obras literarias es de una precisión valorativa admirable (como en su lectura de las obras póstumas de Kafka o las primeras traducciones de Proust al alemán) pero todo ello resuena como dentro de una habitación interior en que él está solo. Ni siquiera la presunción de sus muchos lectores, ni tampoco la gloria internacional que le deparó el Premio Nobel de Literatura en 1946, ni los festejos con que la Alemania de la postguerra lo acompañó. A lo largo de los ochenta y tres años de su vida, la persistente nota de un largo soliloquio muestra este incesante trabajo sobre la subjetividad para hacer de ella el auténtico y único teatro del mundo. Y ciertamente, sólo en él es posible construir la realidad como vida y como verdad. Esa fue su lección perdurable.

(\*) Herman Hesse: "*Pequeñas alegrías*". Buenos Aires, Sudamericana, 1978. Compilación y epílogo de Volker Michels. Traducción de María A. Gregor. •